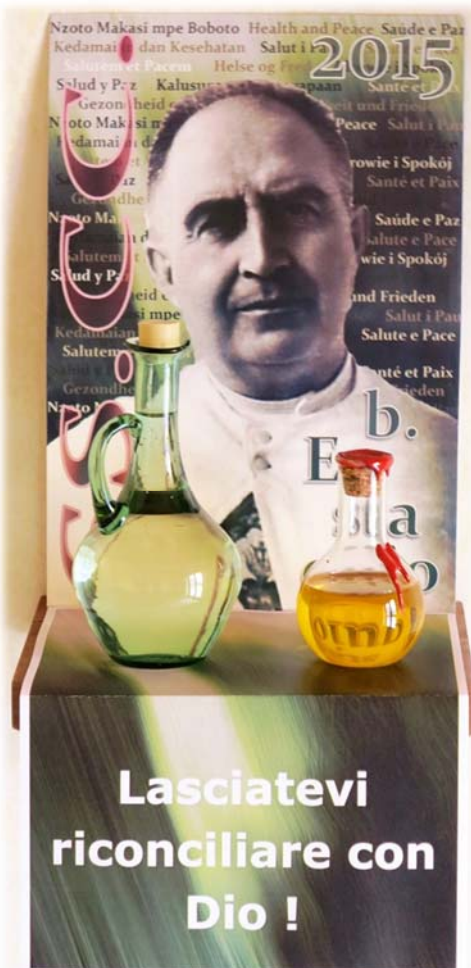
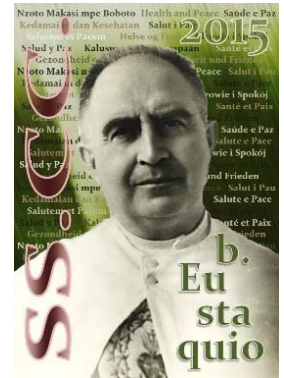


Benedicid, no maldigáis (Rm 12,14)

Javier Álvarez-Ossorio ssc
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 95 – 2 de octubre de 2015



Capilla de la Casa General
(Roma)

Me veo llamado de todas partes a atender a la humanidad, como sacerdote que, con sus bendiciones, se ve como instrumento de la Divina Providencia para aliviar los dolores del próximo...

Beato Eustaquio

Tanto en latín (*bene-dicere*) como en griego bíblico (ευ-λογω), "benedicir" significa decir o hablar bien de otro, desearle cosas buenas. En el Evangelio, Jesús llama a los misericordiosos "benditos (ευ-λογημενοι) de mi Padre" (Mt 25,34), o sea, aquellos de los que el Padre habla bien, de los que dice cosas buenas, a los que desea el bien.

"Maldecir" es, lógicamente, lo contrario: "*male-dicere*", o sea, decir mal del otro, desearle cosas malas. Jesús, que sabía que algunos lo atacaban duramente, confiaba sin embargo en que "quien hace un milagro en mi nombre, no puede luego hablar mal (κακο-λογησαι) de mí" (Mc 9,39).

Hablar bien o hablar mal de los demás no es un asunto sin importancia. La palabra es portadora de una fuerza espiritual: es capaz de consolar, sanar, construir y aunar; como también puede herir, destruir, dividir e incluso matar. Es instrumento de misericordia y de amistad, como puede ser instrumento de violencia y de odio.

Las personas y los pueblos que hablan bien unos de otros viven en concordia, se comprenden mejor, y están más dispuestos a quererse y a ayudarse. Las personas y los grupos entre los que crece la maledicencia, la palabra descalificadora y el comentario hiriente, caminan irremediabilmente hacia el enfrentamiento y la discordia.

La bendición

Cuando nuestra palabra invoca la Palabra de Dios, se vuelve vehículo de la Gracia del Espíritu Santo y se alía con esa Palabra eficaz que recrea y salva. Así ocurre en los sacramentos y en las bendiciones litúrgicas.

Para el **beato Eustaquio**, la bendición constituía una herramienta básica en su misión sanadora y reconciliadora. Fue sobre todo durante sus años en Poá (1935-1941), cuando los efectos sanadores de sus bendiciones se hicieron más patentes, hasta el punto de provocar aglomeraciones diarias de miles de personas.

El Arzobispo de São Paulo, José Gaspar de Afonseca e Silva, que se vio obligado a ordenar una investigación canónica sobre la actividad de Eustaquio, declaró más tarde: "El Padre Eustaquio no hacía nada censurable, sino todo de acuerdo con las leyes de la Santa Madre Iglesia, dando bendiciones litúrgicas según el Ritual Romano y aplicando los Sacramentales de la Iglesia".

Eustaquio no inventó ninguna pastoral llamativa o sofisticada. No hacía bendiciones exageradas o fantasiosas. Se limitaba a seguir las fórmulas reguladas por la liturgia de la Iglesia. Su interés era el de un pastor preocupado por el sufrimiento real de personas concretas, a las que se acercaba ofreciendo lo mejor que tenía: la invocación del amor de Dios, la bendición en nombre de la Trinidad.

Estando aún en Poá, escribió a su hermano: "Durante mucho tiempo, pero sobre todo durante el año pasado, mucha gente me ha buscado para la curación del alma y del cuerpo. Y, gracias al Buen Dios, muchas almas se han convertido y muchos enfermos, también ciegos y paráliticos, con una sencilla bendición han encontrado la curación".

La bendición es un acto concreto de amor y una profesión de fe en la Providencia de Dios. Al bendecir, nos fijamos en la persona que tenemos delante, renovamos en nuestro interior la decisión firme de servirle y de buscar su bien, le recordamos con nuestra palabra y con nuestra presencia que Dios le ama, y la presentamos ante Dios para que Él la cuide.

Si lo pensamos detenidamente, nos daremos cuenta de que también nuestra **adoración reparadora** es un acto de bendición. ¿Qué hacemos cuando estamos cada día silenciosamente adorando al Señor en la Eucaristía, sino llevarle las alegrías y las penas de tantas personas (también las nuestras) para que Él las acoja en su misericordia, las redima y las salve? En nuestra adoración, "hablamos bien" a Dios de las personas por las que oramos, e invocamos la "palabra buena" de Dios sobre ellas.

¿Qué consecuencias tendrá la bendición que hagamos? Eso solo Dios lo sabe. Al bendecir, reconocemos que no somos los dueños absolutos de nuestra vida y de nuestra suerte. Como decía Eustaquio: "La vida está en manos de Dios; ¡qué pena ver a muchos que piensan que la vida está en sus manos!"

En ese mismo sentido, el **Papa Francisco** nos recuerda que nosotros "no somos Dios" (Laudato sii 67). "No podemos sostener una espiritualidad que olvide al Dios omnipotente y creador" (LS 75), cuya fuerza amorosa es la verdadera fuente de vida y de bendición. ¡Francisco llega hasta invitarnos a no olvidar la bendición de la mesa!: "Propongo a los creyentes que retomen este valioso hábito y lo vivan con profundidad. Ese momento de la bendición, aunque sea muy breve, nos recuerda nuestra dependencia de Dios para la vida, fortalece nuestro sentido de gratitud por los dones de la creación, reconoce a aquellos que con su trabajo proporcionan estos bienes y refuerza la solidaridad con los más necesitados" (LS 227).

Hablar bien de los otros

Muchos tenemos la experiencia de lo molesto y triste que es encontrarse con personas que suelen hablar mal de ti a tus espaldas. O lo doloroso que resulta enterarte de críticas injustas que te hacen personas que no muestran ningún interés por comprenderte.

Por otra parte, puede que también hayamos gozado de la delicia de contar con algún amigo verdadero, ése del que puedes estar seguro que nunca dirá nada malo de ti.

Y, en fin, este pecador que os escribe conoce también ese regusto que a menudo sentimos cuando criticamos y ridiculizamos a personas que no están presentes... Eso que Francisco calificaba de "terrorismo" en la vida religiosa, cuando decía a los participantes en el encuentro internacional de jóvenes consagrados (17 de septiembre 2015) que el chismorreo es como tirar una bomba sobre la fama del otro, que no puede defenderse. De esa manera, la comunidad sufre, el perdón se vuelve fatigoso y los hermanos se distancian entre sí. Todo eso es mal-decir; lo contrario de la bendición.

La bendición no se reduce a un acto puntual. **La bendición es una manera de ser**. Ser personas de bendición significa empeñarse decididamente en hablar bien de los demás, cultivando esa mirada bondadosa del corazón que nos exige cuidar amorosamente de la dignidad de cada uno de nuestros hermanos y hermanas.

Recuerdo que, hace muchos años, siendo profesor en un colegio en España, me cansé tanto de un alumno revoltoso que le abrí un expediente ante la dirección. Era fácil recopilar la lista de sus faltas de disciplina. Vino entonces su madre a verme y me dijo: "Padre, sé muy bien de lo que usted me habla..., pero es mi hijo". Me habló del muchacho, que era adoptado y había atravesado muchas dificultades en la vida. "Déle una oportunidad", concluyó. Esa mujer conocía a su hijo mucho mejor que yo, porque lo amaba. Ella podía juzgarlo rectamente, yo no.

A menudo, cuando me enfrento a algún hermano que me resulta difícil, recuerdo aquella mujer y trato de imaginar cómo miraría a esa persona que tengo delante su propia madre, o su mejor amigo... en fin, trato de imaginar –aunque sea una locura de mi parte- cómo la mira Dios. Ahí el enfado se calma, y alcanzo a suavizar mis resistencias al mandato de Jesús: “Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados” (Lc 6,36-37).

¿Fácil? No.

Convertirse en una persona de bendición es una ascesis permanente. Algo que sabía bien **Eustaquio**: “No hemos de pensar de ninguna manera que se puede hacer penitencia solo corporalmente, también se puede hacer espiritualmente. Callar cuando se quiere hablar, ¿acaso no es penitencia? Hablar bien si quería hablar mal, ¿no es penitencia? Cortar un pensamiento que agrada a nuestro corazón, pero desagrada a Dios, ¿no es penitencia? Perdonar insultos, agravios, desprecios, y ofensas, ¿no es penitencia?”

Y en su cuaderno de notas, se dice a sí mismo: “¿Qué he de evitar en las conversaciones?: no hablar de los ausentes sin necesidad; ni juzgar al prójimo; disculpar siempre al prójimo en cuanto sea posible”.

Bendecir, decir-bien, hablar bien de los otros, es tarea de quien se consagra a los Corazones de Jesús y de María, ya que en ellos conocemos el amor de Dios, que es la bendición suprema. Anclado en esos Corazones, el **Buen Padre** nos dejó un ejemplo de hombre bondadoso que amaba atentamente a sus hermanos, sin intrigas ni reservas. Aprendamos de él.

Bendecir es una manera de ser; es también una manera de anunciar el Evangelio. Es la condición indispensable para el encuentro y para el diálogo. Eso decía recientemente **Francisco** a los obispos de Estados Unidos en Washington (23 septiembre 2015):

“No tengan miedo de emprender el éxodo necesario en todo diálogo auténtico. De lo contrario no se puede entender las razones de los demás, ni comprender plenamente que el hermano al que llegar y rescatar, con la fuerza y la cercanía del amor, cuenta más que las posiciones que consideramos lejanas de nuestras certezas, aunque sean auténticas. El lenguaje duro y belicoso de la división no es propio del Pastor, no tiene derecho de ciudadanía en su corazón y, aunque parezca por un momento asegurar una hegemonía aparente, **sólo el atractivo duradero de la bondad y del amor es realmente convincente**”.

